

Marco Antonio Rodríguez: El oficio de enseñar con la escritura



77

En la sala de la casa de Marco Antonio Rodríguez hay un retrato suyo, pintado por Oswaldo Viteri, donde el escritor mira un poco triste. La pintura tiene tonos ocres y Marco Antonio observa desde ella, con la solemnidad de un hombre que se toma la vida en serio. El escritor habita en un piso alto de la ciu-

dad de Quito, donde convive además con sus recuerdos en un ejercicio de resistencia y futuro. Hay pequeñas cerámicas, todas originales, de las culturas que nos precedieron. El también profesor viste de traje oscuro y su cabeza amable sobresale por entre un “cuello de tortuga” en azul marino, que lo abriga bajo el

Marco Antonio Rodríguez: El oficio de enseñar con la escritura

terno. Hace frío en la capital de Ecuador. Tiene -hay que admitirlo-, el tono de voz de la gente buena, de los que no te cuentan más que lo que no les queda más remedio que contar porque es, sencillamente, la verdad.

A estas alturas de su vida, Marco Antonio dice que quiere mucho a sus alumnos, aunque ya no dé clases. No dar clases es una manera de decir, porque sus artículos en periódicos de Ecuador y el mundo, sus cuentos y sus ensayos, siguen enseñando más allá de las aulas. Por suerte para quienes lo leen, el autor de *Jaula* y *El delfín y la luna* sigue pensando, proponiendo y existiendo en las páginas de sus textos. Sus estudiantes lo recuerdan con cariño, y lo siguen. Él despertó en ellos inquietudes estéticas, sembró preguntas en sus vidas y los impulsó para que abrieran sus propios caminos literarios. Algunos se han convertido hoy en escritores y maestros.

Ha escrito sobre pintura y arte en general, y hay cierta nobleza -de bondad, no de casta- cuando recuerda a sus mayores, aquellos

que no tenían mucho de nada, pero le enseñaron con su trabajo en la madera, a darle formas a la vida. Tal vez por eso el dos veces presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”-que rechazó ser ministro de Educación y cuantos otros cargos burocráticos le ofrecieron- dice que hay en él una sensibilidad especial, que a ratos parece para quien lo escucha, más un destino que una premeditación.

Si se navega en Internet, hay cientos de fotografías y notas biográficas que avalan su paso por el mundo. Nació en Quito en 1941; estudió en Ecuador y en Colombia; publicó en casi toda Latinoamérica; tiene el récord de un libro con más de cincuenta ediciones: *Historia de un intruso*. Es Académico Numerario de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, y Miembro Correspondiente de la Real Academia Española. Tiene algunos de los más importantes premios literarios de Ecuador y la región, y fue 27 años, docente de la Universidad Central del Ecuador. Impartió, entre otras cátedras, Literatura, Escritura creativa, Historia de la Fi-

lososofía y Pensamiento y arte del siglo XX. Para un país como Ecuador, Marco Antonio Rodríguez es el símbolo del escritor que, nacido en un pequeño barrio como San Roque, en el centro histórico de Quito, proyecta su entereza moral hacia la literatura, la docencia y el arte, como hacia la práctica de una vida sin quejas.

Él nos recibe en su casa con su característica expresión de satisfacción en el rostro, una señal de optimismo que transmite confianza y permite fluir al diálogo.

Por suerte con alegría, parece que ha vivido mucho. En toda esa vida, ¿cómo llegó al acto de escribir?

Yo pertenezco a una familia de tallistas. Mis ancestros más remotos, hasta los más inmediatos -que son mi padre, mis abuelos, mis tíos paternos-, fueron escultores, tallistas fenomenales que trabajaban la madera magníficamente bien. Tallaban santos, vírgenes, nacimientos, cristos; también muebles, muebles preciosos. Ese ambiente del olor de la madera, el ver con

las gubias, con los formones trabajar a mis tíos, a mi padre, a mi abuelo, yo creo que fue algo que incidió profundamente en mi sensibilidad. Considero que todo escritor no es sino un ser humano más. No éramos ni más ni menos, que eso. Sin embargo, hay una sensibilidad un tanto especial para efecto de acceder a la escritura, como en mi caso. Ese fue un ambiente de arte. Las mujeres de la casa se encargaban de colocar los ojos y de encarnar las figuras de los niños dioses, de los santos, de los cristos. A mí me parecía una suerte de milagro. Yo quise ser escultor. Pero por supuesto estaba ese prurito, no sé si siga habiéndolo, de las madres o los padres - en mi caso mi madre adoptiva, que fue todo para mí-. Ella me impulsó a que siga la escuela, el colegio, la universidad, etc..., y entonces me privé de esa maravilla que es esta suerte de milagro, de sortilegio, de ver las maderas en los sitios donde ellos las ponían; maderas sin ningún atractivo amén del atractivo propio del aroma, que es la maravilla de la madera. Pero ellos las tomaban en sus manos y de a poco iban emergiendo esas

figuras, esas tallas en los muebles. Y mi padre Manuel fue perdiendo la vista. Tuvo que dejar de esculpir, de tallar, y tuvo que entrar al conservatorio de música y convertirse en pianista. Esa mezcla de mis tíos talladores, de mis tías que también estaban en ese trabajo, y la música de mi padre, derivó en un ambiente artístico. Luego mi padre tuvo muchos amigos músicos de gran factura: el maestro Pedro Echeverría lo frecuentaba, eran muy amigos; también el maestro Humberto Santacruz. El piano que tenía mi padre y que sonaba todos los días... todo eso fecundó en mí esta inclinación hacia la escritura.

Incluso una tía monja paterna que era talladora, interpretaba el órgano en el Convento de la Concepción, componía ciertos temas musicales. Todo eso concurre para que yo afine mi sensibilidad.

También estaba el hecho de que en mi casa no había libros. Era

una familia de escasos recursos. La artesanía, el arte de la talla, de la escultura, no son como para tener lujos ni tener una vida de gente acomodada. Mi familia era de muy escasos recursos. Había un solo libro, que me fascinaba verlo y remirarlo, porque tenía incluso imágenes, *El mártir del Gólgota*, que es un clásico de la literatura católica.

En tercer año de colegio, tuve la presencia de un profesor que en efecto diseñó mi destino, remarcó "mi destino" -no creo mucho, insisto, en el destino; creo que cada ser humano labra su camino, consciente e inconscientemente, pero somos dueños de nuestras vidas. Por eso aprecio tanto y amo tanto la libertad-. Manuel Zabala Ruíz, que era ese profesor, me fascinó con su poesía, sus clases prácticamente se reducían a las lecturas que él nos hacía de poemas propios, y de una multivariada de poetas. Por allí ya empezó mi fascinación por la lectura. Lo que significa que soy un

El piano
que tenía mi padre
y que sonaba
todos los días...
todo eso fecundó en mí
esta inclinación
hacia la
escritura.

ser humano, un hombre que llegó a la lectura tarde, porque se puede comenzar a los 5 años, o quizás antes. Él incentivó mi voracidad por los libros.

La Biblioteca Nacional funcionaba en San Blas, me quedaba muy cerca. Yo nací y viví en la Plaza Victoria, de ahí bajaba medio religiosamente a la Biblioteca Nacional y allí me perdía. Allí consumí o se consumió esta especie de liberación y de condena que es el acto de escribir, cualquier acto de crear. El músico no tiene otra opción en la vida que la de hacer música. El artista pintor, lo propio. El cineasta, igual. El poeta, lo propio. El escritor, igual.

¿Usted recuerda el día, el momento, o el contexto en que se dio cuenta que iba a dedicar su vida a escribir?

Aproximadamente sí, porque el deslumbramiento que yo tuve respecto de la literatura fue precisamente por la presencia del gran maestro de juventudes que fue Manuel Zabala Ruíz. Me impactó mucho la poesía de él, es un gran

poeta. Lamentablemente aquí y en todas partes es casi imposible subsistir de esa práctica, de ese oficio de poeta.

Tanto me impactó la poesía de Manuelito, que a los catorce o quince años yo empecé a borronear algo, algunas cosas, no sé qué eran. Eran adefesios. Pero más o menos por esas edades también yo escribí una nota en prosa sobre la poesía de Manuel. Había el poeta publicado *La risa encadenada* que tuvo un premio importante en el único concurso que en ese entonces había de gran prestigio, Ismael Pérez Pazmiño, de *El Universo*.

Entonces con base a ese libro, yo escribí. Y de la manera más audaz, pero a la vez tímida, fui al diario *El Comercio* que tenía sus oficinas en la calle Chile, de la Iglesia de La Merced, media cuadra abajo. Pregunté por alguien que me auxiliara y logré mi primera publicación a los 14 años. A partir de allí fue una suerte de culto, de entrega, de dación integral a la palabra, al oficio de lector y hasta la presente fecha.



¿La vida le pudo llenar las expectativas que se construyó cuando supo que iba a dedicarse a escribir?

En el plano de mis publicaciones, sí. Yo no esperé nunca tener los reconocimientos que he tenido. Lo digo de la manera más transparente, de la manera más honesta. Si en algunos valores creo es, justamente, en la sencillez humana y en la transparencia del ser humano. Esos son principios que me infundieron mis mayores y moriré con ellos. No lo digo demagógicamente, no lo digo como muchos escritores lo proclaman, pero, en realidad, para mí fue una sorpresa

enorme desde mi primer libro y mis primeros artículos que fueron bien vistos.

Yo comencé a los diecisiete, dieciocho años. Había un suplemento que corría a nivel de América Latina con los diarios más importantes, o simplemente con uno de los diarios más importantes de cada país. Este suplemento se llamaba *Hablemos* y se imprimía estupendamente, a color, entiendo que en uno de los estados de Estados Unidos. Había necesidad de sobrevivir, insisto, no es por ser trágico ni muchísimo menos, yo no creo en la cultura de la queja, tenía mucha estrechez económica.

Entonces empecé a colaborar con *Hablemos*. Publiqué allí mis primeros cuentos, algunas reseñas muy deficientes. Pero tuve fortuna o no sé qué, una gracia, que pude publicar y pagaban bastante bien. Desde mi primer libro ya había sacado algunos opúsculos, supuestamente de ensayos, son muy malos.

Mi primer libro de narrativa yo lo escribí entre los veinte y veinticuatro años. Pero no tenía dónde publicar. Ese libro recién lo publiqué a los veintisiete años, gracias al maestro Benjamín Carrión que, en un día inolvidable, me dice: “yo sé que usted, Marco Antonio, escribe cuentos”. Yo ya había tenido el propio maestro mío inolvidable, memorable, Manuelito, y los poetas del grupo *Camino*: Fausto Terán Egüez, Félix Yépez Pasos, Atahualpa Martínez Rosero. Artistas como Nilo Yépez, un estupendo pintor. Ya se había regado un poco que yo había cometido el hecho de escribir algunos cuentos. Fue Benjamín quien me dice “traiga, traiga”. Yo, francamente me, ruboricé, pero los llevé. Tenía veinticinco años aproximadamente. El libro ya lo tenía cuatro años.

antes y ya estaba listo. Fue Benjamín quien me prologó ese libro, y a partir de allí ya cambiaron las cosas. Vino *Historia de un intruso* que de repente es el libro por el que más se me conoce. Fue texto de estudio, estuvo inscrito en los planes de estudio de literatura ecuatoriana. El único de mi generación, lo que no significa que había muchos libros más con mayores méritos. Yo tuve, insisto, una gracia en ese sentido. Fue una comisión del Ministerio de Educación que nunca supe quiénes la integraron, que hizo que *Historia de un intruso* estuviera muchos años como texto de estudio. Es un libro que tiene más de 50 ediciones.

¿Sus textos llegaron a las escuelas antes de que usted en persona llegara a dar clases?

No, porque yo me gradué a los 19 años. Perdí uno porque fui expulsado del Colegio San Gabriel.

¿Por qué?

Por alborotador, por insumiso, por rebelde -rebelde con causa o sin causa-; estoy rememorando una película clásica de

James Dean. Que fue una suerte de ícono para mi generación. Yo le admiraba, soy un cinéfilo consumado, eso al margen.

Fui expulsado de ese colegio, fui al Colegio San Pedro Pascual de los mercedarios. Allí me gradué, volví a ser buen estudiante. Porque en la primaria fui el mejor de la escuela, tuve beca, en la única escuela muy fuerte, muy estricta que había, el pensionado Pedro Pablo Borja Yerovi No.1. Vivía el fundador, el obispo que lo fundó. Luego fui al San Gabriel, fui expulsado de allí, fui hasta Pedro Pascual, volví a ser un buen estudiante, el rector cuando vio que me gradué de bachiller me llamó y me dijo: “tienes que quedarte de profesor”. Yo me asusté bastante, después procesé el tema y dije: “bueno, castellano, gramática en primer curso, yo estudio, me mato estudiando”

Pero había sido literatura ecuatoriana lo que tenía pensado un sacerdote al que yo guardo mucho cariño, Humberto Morán, rector de ese colegio. Yo fui profesor, incluso, de dos o tres excompañeros míos

que habían perdido el año. Fui profesor de literatura ecuatoriana.

Entonces mi docencia, mi camino de profesor son muy antiguos porque comencé antes de cumplir diecinueve años como profesor de colegio.

Cuando finalmente dio clases en la universidad, ¿supuso algún cambio de realidad, dar clases a alumnos de 19, 20 años, que se iniciaban en el mundo de la escritura o el periodismo? ¿Qué significó para usted enseñar?

Yo amo la cátedra, amo enseñar, ha sido una de las razones de mi vida. En tal virtud, yo me inicié tan prematuramente y fui cuasi profesor de estudiantes de mi misma edad. Comencé a dictar clases en universidades, luego de recorrer muchos colegios. Yo he vivido de eso. Me han preguntado compañeros periodistas de aquí y también de otros países, con tantas ediciones de un libro, si reeditaba económicamente. No es así. Hubo muchas ediciones de *Historia de un intruso*, también fui muy leído con *El delfín y la luna* y menos

leído con *Jaula*. Pero circulaban mis libros en la Editorial Libresa, los textos tienen un valor muy pequeño, y de eso yo recibía el 10%. Se necesitaban vender 100 mil o 200 mil ejemplares para que se pudiera hablar de algo. Con ediciones de 2500, 3000 libros al año o, quizás, un poco más en ciertos tiempos, no se logra sobrevivir bien.

No fue, digamos, una vivencia, una experiencia muy drástica cuando fui profesor universitario, porque ya tenía mi palmarés de profesor de secundaria, de colegios. Hubiera querido ser profesor de primaria también, de niños, de párvulos, pero no se dieron las circunstancias. Hubiera querido eso para internalizarme en ese mundo de los niños. Nunca pude ser.

Pues así se dieron las circunstancias, tenía que aceptar lo que me den para subsistir, entonces me daban los cursos superiores. De las universidades por las cuales he transitado, sin duda alguna, la Universidad Central del Ecuador es mi matriz, ese es mi horizonte, y de ahí, la Facultad de Comunicación Social.

Veintisiete años de mi vida di a esa facultad. Con anteriores decanos he tenido muy buena relación. A Dimitri Madrid le tengo en un alto concepto y un entrañable afecto, una gran admiración; pero claro, ahora, está en la decanatura un poeta, Fabián Guerrero Obando, con quien guardo una amistad que se pierde en el tiempo. Yo estaría feliz de ir cíclicamente a conversar con estudiantes, siempre temas importantes, siempre temas que salen de las lecturas de muchos de ellos, pero, a lo mejor, salen más de lo que yo llamo la vida vivida, esa es la que mejor enseña o mal enseña.

De esa vida vivida, ¿hay asuntos que le obsesionan y que ha llevado a la literatura?

La mayoría, no todo. Pero un buen porcentaje de mi narrativa es, sin duda, autobiográfica. Yo me quedo con los escritores que vierten el testimonio de sus periplos existenciales, de sus itinerarios existenciales, sin que esto suponga que yo desestime la novela histórica o el pensamiento filosófico, que ya son elucubraciones de otra dimen-

sión. De hecho, yo estudié filosofía también. Me fascina la filosofía, me apasionan las artes visuales.

Yo ingresé a la Facultad de Comunicación por un pedido de Alberto Maldonado, a quien le guardo mucha gratitud. Entramos Pedro Jorge Vera y yo. Y a los dos nos examinaron: un tribunal que estaba compuesto por el presidente de la Asociación Estudiantil y por tres profesores. Pedro Jorge estaba nervioso, yo mucho más, porque él era de otra generación. Así que entramos por la puerta estricta. Ahí encontré un mundo. Yo creo que hay instituciones que dan cuadros humanos excepcionales. Una de ellas es la Facultad de Comunicación Social, a la cual yo iría cada dos meses, cada tres meses, cada mes. Sería para mí un verdadero privilegio.

¿Usted cree que el Ecuador se ha portado bien con sus escritores?

No. Ningún país. El poeta Fernando Pessoa dice que no hay país que se porte bien con sus poetas, que a lo sumo hay países



que cuando mueren sus poetas los alaban, en cierto periodo de tiempo, en cierto lapso, y después nuevamente se olvidan. Pero no, aquí, para ser más abarcador, la cultura no interesa a ningún gobernante. Especialmente en estos últimos años creo que la cultura en el Ecuador ha estado en una orfandad espeluznante muy dolorosa, y creo que la única posibilidad de vernos con orgullo los pueblos es en la cultura; porque con todo respeto para los otros quehaceres, yo considero que los jóvenes, los viejos, los maduros, las mujeres, los adolescentes, etc., en el único espejo que

pueden verse con orgullo es en la cultura de su país. Verse en el espejo de la política con excepciones, porque generalizar es un vicio perverso, no pues, quedemos ahí.

La bancocracia, al menos de los magnates, peor de las religiones, con todo el respeto, insisto, tampoco. Lamentablemente no les interesa, la cultura no reditúa, no da votos y en el ejercicio político en estos últimos años más que antes - me refiero a edades históricas grandes: Edad Media, Edad Antigua, en fin, desde que se instauró la democracia que es un sistema relativamente joven- el voto es el emblema de ese sistema. Yo creo que la democracia está bloqueante, está en sus últimos estertores y, no sé, se habla del cambio civilizatorio. Se están dando fenómenos que están deshumanizándonos de la manera más deplorable.

Si la democracia está en sus últimos estertores, ¿a dónde vamos?

Creo que los adivinos, los famosos videntes no tienen lugar, es

muy difícil avizorar el futuro. El futuro es siempre extraño. Y la historia se ha convertido en una invención diaria, en una suerte de apuesta, de juego contra el porvenir. Ya están empezando a aparecer voces para realizar un ejercicio de medición, un ejercicio de diagnóstico de lo que dejó la pandemia de Covid 19: es terrible, una debacle. Yo creo que aventurarnos a decir por dónde vamos es muy difícil. Mientras tanto, por supuesto, los seres humanos seguiremos soñando en que podemos cambiar el mundo.

¿Qué pensó en el momento en que supo que estaba nominado al premio Eugenio Espejo?

Fue sorprendente. Me llamó un pariente para decirme si he leído el *Expreso*, yo no lo había leído. Me pidió que entrara al portal digital del periódico y que buscara el editorial de Francisco Huerta Montalvo. Era enero o febrero de 2022, estaba iniciándose el año. Me postulo por él y ante él a este premio; luego fue una cadena. Me dicen, yo no soy quien lo asevera, que es la primera ocasión que se da en

este sentido un respaldo al respecto de este premio. Enseguida exhibió Medardo Mora Solórzano, manabita, patriarca de la cultura manabita, exrector durante muchos años de la universidad de allá de Portoviejo, un estupendo artículo. Luego Sonia Manzano y posteriormente Rosa Amelia Alvarado, y Joaquín Hernández en Guayaquil; fue un hecho medio extraño porque yo soy quiteño.

Pero aquí también, y en Cuenca, Carlos Vásconez, María Augusta Correa, Carlos Castro, entre otros. Y en Cañar, Eduardo Crespo Román y otros amigos están recogiendo una cantidad importante de firmas como si fuese una postulación política. Lo propio en Imbabura: la Universidad de Otavalo, la Universidad de Ibarra y el núcleo de la Casa de la Cultura de Imbabura apoyan mi postulación. Y de otras provincias lo propio: de Esmeraldas, Alberto Santoro Williams y otros grupos. Manabí: Dumar Iglesias, la Unión Nacional de Educadores. Es una cosa muy extraña que se ha dado y que me tiene realmente anonadado por estas muestras de afecto que, lo digo sin ambages, no las merezco.

¿Estas muestras de apoyo le dan felicidad?

Me da mucho, mucho compromiso para poder estar a la altura de aquello y para tratar de ser mejor. No solo en el ámbito, entre comillas, intelectual, sino en el humano. Yo creo que la silla humana, la levadura humana, es posible mejorarla. Y ser más simples, ser más solidarios. Porque con la tal pandemia, cada quien solo cuida su metro cuadrado y no es así; nosotros nos debemos a los demás más que a nosotros mismos.

¿Hay algo sobre lo que no ha escrito, que quisiera escribir todavía?

Por supuesto. Yo tengo como unas 250 ó 300 páginas de borrador. Tengo una novela que sería en ese aspecto lo que me dejaría un poco en paz. A pesar de que hay seres que mueren en conflicto, mueren con deuda, mueren con asuntos pendientes. Yo soy uno de ellos. Soy un ser humano insatisfecho con lo que ha escrito, con lo que ha publicado. Algo estoy escribiendo sobre cine, sueltos, el día

rismo... Últimamente he colaborado con *Excelsior* en México; me volvieron a pedir de ABC -ahí solo he publicado una decena de cosas, pero tengo un par de amigos que son muy generosos y me han vuelto a pedir. Claro, son medios que ayudan a vivir porque los honorarios son decentes.

¿No lo son en el Ecuador?

No. Absolutamente. En Ecuador es muy difícil. Incluso se represó la venta de libros y publiqué hace un año, en un libro, una compilación de mis cuentos. Se vende mucho más fuera que aquí, en el Ecuador, especialmente, ¿quién lo creyera?, en Perú. La edición de autor de todos mis cuentos se vendió en un 40% en Perú, un 20% en Colombia, otro 20% en México, gracias a los amigos. Con el problema de los correos hubo que hacer milagros. Aquí, apenas un 10%. Se agotó la edición por supuesto. Hay ediciones de las que no hay cómo hacer 2500 ejemplares. Tuve oportunidad de publicar en España, pero ahí peor, ahí no.

Usted fue presidente dos veces de la Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión". ¿Cómo la recuerda?

Inolvidable, de lo mejor. Estoy muy contento de la nueva dirección de la Casa de la Cultura, que estén jóvenes y con visiones que ya demanda el mundo actual, que defiendan a los excluidos, a las minorías. Las nuestras son sociedades perversas. Yo conjuro mis mejores deseos para que tengan éxito en su gestión. Los jóvenes son gente transparente, gente honesta.

¿Un mensaje para sus alumnos?

Que los quiero muchísimo, que les deseo lo mejor, pero no bajo esos paramentos que son las convenciones sociales que siempre están imperando en sociedad, sino de corazón abierto. Ellos me han dado mucha vida, me han insuflado de vida, hoy siguen haciéndolo y es muy difícil, cada vez más difícil, más compleja la humanidad. Vive una suerte de deshumanización, pero también de robotización, de maquinización perversa.



Doble sentido

Marco Antonio Rodríguez: El oficio de enseñar con la escritura

* **Marco Antonio Rodríguez.** Nacido en Quito, el 30 de marzo de 1942. Obtuvo su Doctorado en Jurisprudencia en la Universidad Central del Ecuador con el Doctorado en Jurisprudencia. Luego obtuvo el título de Doctor en Filosofía y Letras en la Facultad San Gregorio de Quito. Máster en Ciencias Políticas por la Universidad Javeriana de Bogotá-Colombia y estudios especializados en educación pública, ciencias políticas, culturales y sociales en varias universidades de dentro y fuera del Ecuador. Director durante varios períodos de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Miembro Correspondiente de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

* **Lourdes Elena Stusser Iglesias.** Licenciada en Periodismo y Magíster en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de La Habana – Cuba. Reportera y conductora de noticias para la Televisión Cubana 2004 – 2011. Corresponsal de la Televisión Cubana en Ecuador del 2011 a la actualidad.

* **Fabián Eduardo Sandoval Quishpe.** Licenciado en Comunicación Social y Magíster en Comunicación Audiovisual por la Universidad Central del Ecuador. Asistente de Dirección del Departamento de Producción Audiovisual en Ecuavisa 2004 -2007. Analista de Comunicación de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Central del Ecuador del 2014 a la actualidad.